

Prológo

IUS ET VERITAS está de aniversario. ¡Son ya 30 años!

Hoy no presento a una revista, presento a una institución, en mi relación con ella hace menos de 30 años, pues IUS ET VERITAS existe un tiempo mayor al de mi relación con ella. Y al recordar a la institución quiero rendir un homenaje a las personas que estuvieron y están detrás de ella. Sin ellas, IUS ET VERITAS no existiría y no sería lo que es; y al mismo tiempo, ninguno de los que pertenecemos a ella seríamos lo que somos sin ella.

Pensemos en los inicios de IUS ET VERITAS. Fue fundada el 1 de junio de 1990, pero como dije, mi recuerdo y relación con ella se da unos años después. Corrían los últimos días del verano de 1993 cuando cursaba mis primeros cursos en el nuevo pabellón de la Facultad de Derecho de la PUCP. Todo olía a nuevo. Pero en medio de la rotonda había un espacio reservado para una construcción que por su magnitud los estudiantes de la época pensábamos que nunca se concretaría: el auditorio de la Facultad. Además, el segundo piso estaba incompleto. Jamás habría dinero para terminar de construir el edificio de la Facultad, pensábamos. Dentro de las nuevas aulas, especialmente en las del segundo piso, aun encontrábamos las incómodas y antiguas bancas en las que más de un profesor, miembro del Congreso Constituyente Democrático de la época o ministro se habría sentado en sus épocas de estudiante.

La Facultad por esos años olía también a nueva Constitución, y en sus patios y aulas se escuchaban las discusiones sobre lo que tendría que incluirse en el proyecto que se discutía por esos días. También se respiraba un enorme espíritu de renovación, impulsado por lo que por esas épocas se vivía en el país y por el ambiente de las recientes edificaciones. Había además un aire de esperanza. Había caído Abimael, la economía mejoraba y a pesar de haber vivido hacía un año un golpe de Estado, se abría esperanzadora la senda de la institucionalidad que se construía en medio de la paz de la que nos habíamos olvidado los jóvenes de la época. La fase del terror había terminado. Nada peor que eso nos podía pasar como país y de ahí en lo que venía, sólo cabía la opción de mejoría. Poco después esa institucionalidad se pudriría nuevamente por la corrupción. Quien pensaría por esos años que las cosas en materia de corrupción podrían ser aun peor.

En esos días de esperanza renovadora aparecía un pequeño grupo de estudiantes siempre reunido en una misma banca de cemento, muy cerca del lugar donde se construiría el futuro auditorio de derecho. Se les veía muy animados, hombres y mujeres con mucha confraternidad entre ellos, al lado de un pequeño paquete de revistas de muy pocas páginas. Era 1993, exhibían la IUS ET VERITAS N° 6, de color guinda. Aun recuerdo a Amalia, Claudia, Coco, Chalo, Diego, Fernando, Juan José, Juan Luis, Mili, Rocío, Salvador y Toño. Y junto a ellos, un personaje que irradiaba su propia energía, de estatura media, con anteojos y de poco pelo, que parecía mucho mayor que todos ellos. Mucho después supe que era Juan José Cabello, la verdadera alma de IUS ET VERITAS por aquellos años. Fue quien dio la energía inicial y la mística a una institución que recién iniciaba. Es de justicia reconocerlo con nombre y apellido y estoy seguro que todos los miembros de la asociación coincidirán conmigo. Si algún día alguien escribiera la historia de IUS, ese debería ser Juan José, o quizá el personaje sobre el cual habría que escribir esa historia, debería ser Juanjo.

Pocos meses después ese grupo apareció con un nuevo paquete de revistas, esta vez azul. Cada uno se llevaba un pequeño lote, como hacen los canillitas con los diarios cada mañana, pero ellos y ellas llevaban la IUS ET VERITAS N° 7, uno de los mejores números que se han publicado, de un contenido histórico importante pues contenía artículos sobre la reforma constitucional que se discutía por aquellos años. El orgullo con el que vendían las revistas, hacía pensar en las insignias que orgullosamente visten los militares, pero esa insignia era esta vez una revista de contenido crítico, elaborada con gran esfuerzo por jóvenes estudiantes, que tenían que buscar financiamiento, autores, papel, gráficos, publicidad y quien la imprimiera, en una época en la que pocos apostaban por movimientos estudiantiles.

A diferencia de lo que ocurría con Themis (la otra revista de Derecho de estudiantes) IUS (como la llamamos con cariño) no tenía oficina. Su oficina era el patio. Aquella banca al lado de ese terral que luego se convertiría en el auditorio de Derecho, era su punto de encuentro. Y los depósitos de los paquetes de revistas eran los autos de algunos de sus miembros. El patio era además el lugar para identificar a los futuros miembros. Desde sus inicios, IUS no fue una institución cerrada, sino que buscada su permanente renovación, incorporando a estudiantes de los ciclos menores, a aquellos a los que los grandes querían confiarles su proyecto. A algunos, con mucha prudencia,

se les invitaba a postular, otros, se presentaban por una convocatoria pública que se hacía en los carteles que por esos años colgaban junto a la oficina de Filiberto. Aun los recuerdo. Tenían un fondo de cartulina azul o guinda y un papel blanco en el centro que anunciaba la convocatoria, impresa en una impresora a puntos.

Así fue como vi la convocatoria. Y conversando con los amigos de mi promoción, con un grupo de ellos decidimos postular. Alfonso, Edgardo, Ericka, Italo, Javicho, Percy y yo compartimos los mejores años de nuestra vida universitaria en IUS. Era, como lo fueron algunos años después algunos otros grupos, una generación de recambio. Los “viejos” se iban, no quedaban ya fundadores en la revista, al semestre siguiente se irían todos los que estuvieron en contacto con ellos y tenían miedo de que el proyecto continúe. Me imagino el temor que tenían. Era la primera generación de recambio.

Recuerdo que con mucho nerviosismo me preparé para la entrevista. Me habían citado, como a los demás, un día del fin de semana en un estudio de abogados que había prestado su local para ello. Con el temor de un joven estudiante de Derecho que jamás había entrado a un estudio de abogados, entré por una puerta grande a una casa que aun recuerdo oscura, que me mostraba locales de trabajo desolados. Es como se ve un estudio de abogados durante el fin de semana. En una oficina muy pequeña, me esperaban todos los miembros de la revista, aquellas personas a las que se les veía tan simpáticas y cordiales aparecían ahora delante de un joven estudiante de Derecho, escrutándolo para ver si merecía recibir la responsabilidad de ser miembro de IUS. No recuerdo jamás (quizá sólo mi examen para defender mi tesis de maestría) un momento tan desafiante. Ese grupo estaba dirigido por Salvador, quien comenzaba con las preguntas, pero luego las preguntas llovían de los demás miembros de la Asamblea. Nada más importante para la institución que recién nacía que incorporar a sus nuevos miembros, por ello, no podía dejarse en manos de nadie, sino solo de la Asamblea. Jamás sé por qué decidieron que ingrese, pero entré e inicié una de las mejores etapas de mi vida. IUS me dio lo que jamás pensé que una Facultad de Derecho me podía dar.

Al ingresar asignaban a los nuevos miembros a una comisión de trabajo y me pusieron en la de Relaciones Públicas y Eventos, que dirigía espléndidamente Claudia. El grupo fue inmejorable. Nos reuníamos en la casa de algunos de los miembros, usualmente en la de Paula, todos los martes a las 9 pm y terminábamos como a las 12 de la noche. Había que regresarse a esa hora en micro, o en taxi que había que tomar de la calle, a casa. Al día siguiente clases a las 7.30 am. Cada quince días, asamblea, y esas podían durar hasta las 2 am, y cuando había jornadas de revisión de revista, no había hora de término. Corregíamos en parejas, pero antes Alfonso nos daba unas clases de ortografía, para que corriamos bien. Las correcciones tenían que ser en una casa grande, pues teníamos que repartirnos para no interrumpir a la otra pareja, pues mientras uno leía, el otro corregía.

Tener tu primer número en las manos es indescriptible. Es como darle sentido a todo el esfuerzo y a esas noches sin dormir. Muchos de los miembros usaban la revista como prueba a sus padres o enamorados o enamoradas (y en muchos casos ex enamorados o enamoradas) de que esas noches de ausencia habían sido para conseguir ese producto. Así se justificaba el haber llegado tarde a casa varias noches, o haber cancelado más de una cita, o no haber prestado con atención la clase del día siguiente.

Publicada la revista, venía la entrevista de evaluación de cada uno de los miembros de la revista ante el Consejo Directivo. Otra vez, el temor de ir a ser evaluado. Como nos prepara para la vida IUS. Luego de las entrevistas, las elecciones para elegir a los miembros del Consejo. Y con ellos, prepararnos para hacer nuestras primeras entrevistas a los nuevos miembros. Así el ciclo se completaba e iniciaba, pero más que un círculo es una espiral que se ha repetido 60 veces en estos 30 años, y que se seguirá repitiendo muchos años más. El grupo iba incorporando a personas cada vez mejores.

En una presentación anterior, hablé del espíritu de IUS, pero esta vez quise rendir homenaje a las personas, representados en quienes me acompañaron en esos maravillosos años de IUS, y a aquellos que estuvieron luego en ella, pues sin esos jóvenes estudiantes de la Facultad de Derecho de la PUCP IUS no sería lo que es, sin IUS la Facultad de Derecho de la PUCP no sería la que es, sin IUS esos estudiantes de hoy y abogados del mañana no serían lo que son; y en una simbiosis difícil de explicar, ninguno de los nombrados sería lo que es o quien es, sin el otro.

Mi homenaje a IUS, a la Facultad de Derecho y a los IUSES.

Giovanni Francezco Priori Posada

Miembro extraordinario de IUS ET VERITAS

Profesor principal del Departamento de Derecho de la PUCP

Socio de Miranda & Amado